

ABRIL ZAMORA

NETFLIX

UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

UNA NOVELA DE

ÉLITE

ASIGNATURA
PENDIENTE

 Planeta

Abril Zamora

Élite:
asignatura pendiente

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Abril Zamora, 2020

© Netflix, Inc., 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020

Depósito legal: B. 7.284-2020

ISBN: 978-84-08-22471-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Capítulo 1

Mario no quería volver a casa. Probablemente sus padres le estarían esperando con la cena puesta. Una cena llena de proteínas con todas y cada una de las indicaciones del nutricionista. El gimnasio era su vida. Era lo único que le mantenía ocupado, que le hacía no pensar, que le conectaba con él. No es que Mario fuera un tío místico, nunca lo había sido, pero era obvio que, tras su altercado el curso pasado con Janine y mientras esperaban la fecha del juicio, no dejaba de pensar analíticamente sobre él, su existencia, su futuro y sobre todo su pasado. Mario podía parecer un cafre sin escrúpulos, un tonto frívolo carne de *Mujeres y Hombres y Viceversa...*, posiblemente lo fuera, pero la refinada educación y los gustos caros y los privilegios que había tenido por ser quien era le habían despertado cierta inquietud. No era vago mentalmente, no, no era perezoso, es que tenía otras prioridades en la vida que hacían que nunca tuviera que plantearse nada de su comportamiento. Pero eso era antes.

Después del entreno y de descargar su ira a puñeta-

zos contra el saco, le gustaba pasear por la noche antes de llegar a casa. No siempre cogía la misma ruta. Se ponía los auriculares inalámbricos a toda potencia y era la propia música la que le iba guiando en su vagabundear de ocho a diez. Dos horas para pensar, para arrepentirse y para disfrutar de las pequeñas cosas gratis que nunca había probado, como, por ejemplo, sentarse en un banco y esperar nada o ir al lago a ver anochecer. Se había vuelto un tipo solitario. Si bien antes era el gallito del grupo, el rey de la fiesta, y su nombre era el que estaba apuntado en todas las listas de las discotecas los sábados por la noche, ahora era uno más, o peor, uno cualquiera. Uno que habla poco, que sale nada y que intenta buscar el disfrute en su tormento y su soledad.

Las 21.47 h. Mario se había tumbado en el césped frente al lago. El culo se le estaba enfriando, y aunque sabía que ya era tarde, prefería seguir esperando. Digamos que sus padres tenían una especie de protocolo de espera a la hora de la cena: si a las nueve y media no estabas sentado, cenaban sin ti, y él prefería eso. No le gustaba estar frente a sus padres, frente a esas miradas de decepción que le empujaban a sentirse peor persona. Así que siempre prefería llegar más tarde para no irse a la cama más hundido de lo que ya lo estaba.

¿Estaba Mario deprimido? Mucho. Pero ni él ni sus familiares eran realmente conscientes de ello. La noche había caído en ese domingo de septiembre y la brisa había pasado de ser un agradable frescor a ese aire *calahuesos* que no le gusta a nadie. Mario se sentía más triste de lo habitual. ¿Por qué? Muy fácil. Era domingo, el último

domingo antes de que volvieran a empezar las clases en Las Encinas, antes de que el nuevo curso diera su pistoletazo de salida, y él no podía dejar de recordar la sensación que le provocaba antes el domingo previo al inicio de curso...; pagaría por volver a tener aquella sensación. Pero ahora todo era diferente, por supuesto él ya no empezaría ningún curso y, por supuesto, la amargura teñiría siempre cualquiera de sus sensaciones.

Su culo frío empezaba a ser más que molesto. La humedad había traspasado el chándal de felpa y él se puso en pie. La oscuridad lo había cubierto todo y aunque conocía perfectamente el camino, no quería meter los pies en un charco o en un barrizal, así que encendió la linterna del móvil, pero poco le duró. Tanta música a toda leche y tanto 4G habían hecho que su batería se esfumara en nada. Todo se quedó oscuro. Todo negro a su alrededor; no era una metáfora, era la noche cerrada.

¡Crash! Un sonido de rama rompiéndose al ser pisada sorprendió al muchacho, que se giró sobresaltado. No consiguió ver nada cerca de él entre el amasijo de la arboleda. Se quitó los auriculares —era una tontería llevarlos puestos si no estaba escuchando nada— y empezó a guardarlos cuando otro ruido le sobresaltó todavía más, lo que hizo que uno de ellos se le cayera al suelo. ¡Joder! Dijo para sí mismo.

Pensé que era un puto animal jodiendo, pero enseguida se me heló la sangre al recordar que por la zona no hay animales muy grandes y que una rata de campo no iba a partir una rama.

Nunca he sido muy miedica, siempre he tenido los huevos bien puestos, pero cuando vi que algo se movía en la oscuridad me acojoné. Recuerdo poco. Lo tengo nublado. Una silueta se acercaba hacia mí.

Una silueta se acercó hacia él. Mario no se dio cuenta, pero la persona en cuestión iba vestida con el uniforme de Las Encinas. La oscuridad lo escondía completamente, pero los pocos rayos de luz de la luna creciente se reflejaban en la E bordada del escudo. ¿Vio la cara? No, la cara estaba completamente oculta con un pasamontañas. Mario no dijo nada, no lanzó un grito ni preguntó «quién anda ahí». La escena le pareció tan rara que solo hizo lo que sus pies y su corazón le pidieron: salir de ahí. Correr, pero es difícil, mucho, correr en el suelo húmedo que bordea el pantano. El barro, las ramas y los charcos hacen que todo sea más difícil y más cuando no llevas linterna, así que Mario no tardó en caerse al suelo y pringarse su chándal de marca.

Fue horrible. Había tenido un montón de pesadillas a lo largo de mi vida en las que me pasaba algo parecido, alguien que me persigue, alguien que me quiere hacer daño y yo soy más lento de lo normal, pero es que cuando llegué al pantano no me di cuenta de que el suelo estaba convertido en ese barrizal. Intenté levantarme, pero antes de que pudiera apoyarme en las manos, algo me golpeó con mucha fuerza en la espalda. No vi el qué..., solo noté la fuerza y caí del todo otra vez. La persona se sentó en mi espalda y no pude hacer nada, intenté zafarme y ahí sí que empecé a gritar, a pedir ayuda, pero la boca se me llenó de tie-

rra, de barro y poco pude hacer. Noté que manipulaba algo y, luego, aquel extraño olor que me dejó inconsciente...

Cuando desperté, ya era tarde para todo. No había ni un ápice de fuerza en mí, ni una pequeña motivación o esperanza que me diera ganas de luchar. Hacía frío y podía notar cómo el barro pesaba en mi cuerpo. Estaba siendo arrastrado. Pero no de mis brazos o de mis pies, no, de una cuerda que tenía alrededor del cuello. No podía moverme y mi cerebro se estaba despertando, pero mi cuerpo no recibía las órdenes que mandaba. Sé que lloré, que gemí tal vez, pero recuerdo que en ese punto ya había tirado la toalla. Notaba cómo las piedras del camino me rasgaban la espalda. Giré la cabeza intentando ver al hijo de puta que me arrastraba y vislumbré una silueta oscura, tal vez la americana del colegio, no lo sé..., no sé nada. Cerré los ojos y dejé que hiciera. Intenté pesar más de lo que pesaba, imaginé yunques en mis pies, anclas que impidieran que esa persona o lo que fuera me llevara al destino que me tenía preparado. Se detuvo. Me detuve. Por un momento pensé que la tortura había acabado y me sentí aliviado, pero, no..., la tragedia no había hecho más que empezar. Quise gritar de nuevo, pero mi boca no me respondía y no tenía voz, quise pedirle perdón por si había hecho algo que le hubiera molestado, quise suplicar y decirle que era muy joven y que tenía toda la vida por delante, pero no pude decir nada. No vi nada, pero escuché todo. Escuché cómo lanzaba el otro extremo de la soga que tenía alrededor del cuello por encima de una rama de un árbol. Y cómo estiraba con fuerza. No era una persona muy fuerte. Tiró, sollozó, tiró y casi me levantó del suelo, pero caí y me estampé contra la tierra. No me dolió esa caída, el que no tuviera control sobre mi cuerpo me daba también un extraño poder de no sentir dolor, era algo así como un entu-

mecimiento... Lo volvió a intentar, esta vez con más fuerza. Tiró de la cuerda y me levantó. Yo pensé en mi madre. Tiró de la cuerda y me colgó, yo pensé en mi padre. Consiguió atar el extremo de la cuerda a algún lado y, entonces, ese fue el final. Sí. Me dejó colgado. La soga se apretó enseguida en mi cuello, estrujándolo como quien estruja una esponja. Pensé en mi abuela. Escuché clac, como si algo se partiera dentro de mí, tal vez el cuello, tal vez la vida..., y ahí, un domingo de septiembre, con el cuerpo enfangado y sin ver quién me había hecho eso, ahí, morí yo.

El cuerpo sin vida de Mario penduleaba lentamente, muy lentamente, girando al sentido contrario de las agujas del reloj. Las puntas de sus zapatillas estaban separadas del suelo por muy poquito, por unos milímetros, eso creaba un efecto óptico en el que veías como sus pies querían tocar tierra, pero era tan solo un efecto. Mario ya no podía sentir ni desear pisar el suelo. Ya no había vida en él. La ciclista que lo encontró a las seis de la mañana describió al chico con una estampa horripilante. Mario estaba acostumbrado a que las chicas lo describieran como un Adonis de mentón pronunciado y mirada cautivadora, pero aquella muchacha solo utilizó adjetivos dramáticos y sórdidos para describir el cadáver del chico. Boca abierta, ojos fuera de las cuencas a punto de estallar, cabeza morada e hinchada...

No es que la policía de la zona no fuera efectiva o fuera vaga, pero lo cierto es que todo apuntaba a un suicidio. Mario estaba esperando un juicio por maltrato

que había arruinado su reputación y su vida social. Sus padres apoyaron la teoría del suicidio diciendo que, aunque no quisieran creerlo, temían la posibilidad de que su hijo hiciera una locura, porque él ya no era el mismo. Daba tumbos sin rumbo del gimnasio a casa, de casa al gimnasio, no salía, no hablaba con nadie. La muerte de Marina había sido un golpe muy duro en la comunidad y no podían permitirse seguir sacando mierda, así que lo del suicidio contentaba un poco a todos y hacía que la muerte de Mario sonara a otro suicidio de un adolescente. La madre lo tenía claro.

Mi niño no estaba bien. Yo sabía que esto podía pasar en cualquier momento. Intenté protegerle, de verdad, pero era como intentar proteger a un muro. No puedes. No puedo pasarme la vida haciendo guardia delante de un muro... El niño ya estaba muerto, estaba vivo, pero como si no lo estuviera... Estaba apagado, daba una pena. Yo intentaba que levantara cabeza y pensaba que esto era una etapa y... lo siento, no quiero hablar más. Que no quiero hablar más...

No pienses que la noticia del suicidio de Mario saltó a la palestra de Las Encinas como el gran acontecimiento trágico del año, no. La gente —excepto Janine y Wendy, la ex del chico muerto— no recordaba mucho el conflicto del maltrato y como Mario había dejado el curso antes de acabarlo, ya no era uno de los alumnos de las altas esferas de Las Encinas, ya no era nadie. Por lo que sí, alguien escuchó que había muerto y eso se coló en las conversaciones de sus tres o cuatro falsos amigos, pero

el drama se disolvió en el mismo tiempo en el que desaparece la espuma de una cerveza en una terraza al sol. En nada.

Janine se levantó con ganas. Estaba harta de la auto-compasión y de ser una víctima aburrida que pasaba las horas en su mazmorra particular. Se cepilló el pelo con brío y probó tres o cuatro peinados. Descartó la coleta alta, las dos trenzas con simpáticas gomas con muñequitos de *Hora de aventuras* y lo que ella llamaba peinado élfico, que era una tontería hecha con dos trencitas finitas que salían de la zona de las sienes y que se enganchaban en su nuca con un pasador con forma de hoja de parra. Vamos, que se sentía rara de todas las maneras y decidió soltarse el pelo y ponerse una diadema, una sencilla, las diademas rollo tiara o con perlas era algo reservado para Lu. No es que hubiera un contrato escrito con ese dato, pero era algo que se daba por sentado y quería evitarse una mirada aterradora. También era cierto que la mexicana parecía tener una cabeza esculpida para llevar esos abalorios y nadie le hacía sombra.

Con su pelo suelto y su uniforme impoluto, Janine cruzó la puerta que la llevaba a ese largo pasillo gris donde parecía que el tiempo se paraba. Estaba motivada y casi sonrió al recobrar su soñado anonimato.

Nunca pensé que desearía volver a ser una perdedora de las que se sientan al fondo de la clase, pero así es... Ser popular es maravilloso, pero ser una tía invisible da ciertas ventajas en lo que a lo social se refiere.

Todo iba bien, las cosas se estaban recolocando en un cómodo lugar y el poder de invisibilidad de Janine parecía haberse activado de nuevo.

Entonces, cuando ya estoy a punto de entrar en la clase, en ese momento en que siento que soy una cualquiera, una perdedora maja, en ese precioso instante, alguien —y digo alguien porque no tengo ni idea de quién fue— me dice que Mario se ha muerto, que se ha quitado de en medio, sí, creo que utiliza esa expresión, «se ha quitado de en medio». Quitarse de qué medio, pienso yo. Pues de este medio, de la vida. Crack. Noto que mi corazón se resquebraja, pero también mis huesos. Creo que no puedo mantenerme en pie, creo que no puedo, y dejo la conversación a medias y a ese «alguien» con la palabra en la boca. Necesito huir, correr, respirar, pero soy incapaz de dar dos pasos y me siento en la escalera mientras la estampida de estudiantes, de novatos, pasan a mi lado como una avalancha que ni me roza. Mario se ha muerto. Sí, el chico que me desvirgó encima de unas sábanas de animalitos deportistas, el que primero me... todo, ese ha muerto. No respira más, no va a sonreír nunca, ni a abrir los ojos o mirar con arrogancia sabiéndose el rey de la fiesta...

La respiración de Janine se enrareció, como esa primera mañana de curso. Se levantó a duras penas, y, apoyándose en la pared, caminó hacia el baño. Los alumnos entraron en sus aulas y ella se quedó sola. El silencio lo inundó todo, aunque las voces resonaban a gritos en su cabeza. Voces que transitaban por todas las conversaciones, reales o ficticias, que había tenido con Mario. Como si alguien hubiera dado en el play de todas ellas, gene-

rando la estridencia más insoportable, una estridencia de sus voces y sus recuerdos, verdaderos o falsos. Quiso llorar y lloró, aguantando el pomo de la puerta del baño, como si supiera que al entrar se despojaría del componente social, y lo que ahora eran unas lágrimas darían paso a un tsunami de emociones descontroladas. Y así fue. Si vieras por un agujero el despliegue de llanto y griterío que Janine mostró, si la hubieras visto chillar, patalear, mojar la cara, enjugarse la boca para ver si escapía algo de su pena, llorar y llorar más, estirarse de los pelos literalmente y dar patadas como si las paredes y las taquillas fueran las verdaderas, si la hubieras visto, habrías pensado que no había un ser en el mundo más destrozado que ella. Objetivamente podía parecer una reacción desmesurada, pero Mario simbolizaba muchas cosas en el mundo de Janine, era uno de los pilares más sólidos de su historia, era uno de los protagonistas de su vida. Es como si te cae genial el malo en una serie y de la noche a la mañana no está. Ese villano es necesario para que los buenos sean buenos. Pues ella se sentía un poco así. Al desaparecer uno de los protagonistas más sólidos de su vida, le parecía que ahora carecía de todo tipo de interés. Y mientras, los últimos rezagados llegaban a sus clases y una descompuesta Janine caminaba en sentido contrario al inicio de curso. Tal vez todo era demasiado y prefirió volver a su casa, pedir un *cabify*, meterse en su cama y desear que fuera el domingo anterior a esa fatídica mañana.

*

Andrea y Gorka se sentaron en pupitres separados. Estaban en la misma clase y no querían ser la típica pareja pastelosa que tontea mientras los profesores sueltan sus chapas. No querían hacer manitas. Ella tenía muy claro que quería estudiar y formarse y aprobar era su objetivo. No quería dar la razón a todos esos adultos cretinos que decían que tener una pareja con dieciséis años podía hacerte desviar la atención de lo realmente importante. Gorka se sentía un poco raro, pero por otro lado le venía muy bien que su relación fuera tirando a secreta. Ella acababa de llegar nueva a Las Encinas y él no tenía una gran reputación, no tenía reputación, vamos, y no quería que ella supiera que en el insti era un mindundi. Tenía miedo de que alguno del último curso se le acercara a la niña de sus ojos y le soltara un «¿qué haces con ese *pringao*?». Sí, tenía un poco de miedo, así que le venía bien que cada uno fuera por su lado, aunque, por otra parte, y esto ya era más personal, le daba rabia no poder fardar de novia... es que era muy guapa, es que a él le parecía muy guapa, y no solo eso, era majísima.

El curso no iba a empezar tranquilo. Guzmán y Samuel se habían dado de hostias en el pasillo y Azucena entró a soltar un *speech* necesario sobre que no iba a tolerar esa clase de conductas, etc. Todos empatizaban mucho con Guzmán. Solo había que verle los ojos inyectados en sangre y drama para darse cuenta de que el chico no tenía bien superada la muerte de Marina y, a ver, nadie pensaba al cien por cien que Nano fuera el autor del crimen, pero era cierto que estaba entre rejas, por lo que la credibilidad de Samuel estaba por los sue-

los. Pobre Samuel... Vapuleado, en una situación trágica poco propia de un adolescente. ¿Qué hubiera pasado si Paula, su eterna enamorada, hubiera visto esa pelea matutina en el pasillo? Pues probablemente nada, porque Paula pasaba totalmente de Samuel. Su embarazo le había hecho crecer y ya no estaba para amores tontos de la ESO. El nuevo colegio de Paula era... un tanto peculiar, por lo menos si lo comparabas con la élite de La Encinas. Para empezar, no llevaban uniforme, por lo que la chica pudo calar perfectamente a todo el mundo. No es que fuera en absoluto clasista, puede que lo fuera hace un par de años, pero ya no. Pero es cierto que con dieciséis años las apariencias dicen mucho del cacao interior.

El aula estaba hecha polvo. Me sentí un poco como Michelle Pfeiffer en aquella peli de los noventa en la que es una profesora que llega a un colegio chungo, no recuerdo cómo se llamaba porque yo era muy pequeña, pero el mobiliario escolar parecía sacado de un contenedor de basura. Es cierto que al no llevar uniforme podías ver quién daba más o menos miedo y quería evitar ese rollo. Una rubia muy legal de la pijita que llega al cole de los pobres, así que me vestí muy sencilla, demasiado. Si me vieran Carla o Lu, me habrían preguntado si todo iba bien en mi casa, sin ser mis amigas, pero me lo hubieran preguntado...

Por un lado, había un par de emos, un par de chungos con pintas de skins de baratillo, algunas chonis, bueno, muchas chonis, un par de personas más «normales» que iban vestidas de Inditex de tres o cuatro temporadas anteriores y poco más.

Nadie me hizo caso, nadie me hizo bullying, ni tampoco nadie me lo puso fácil. No es que yo me sintiera más que ellos, pero, vamos, que había abortado, y eso, quieras que no, pues te hace sentirte un poco más madura. A la hora del patio escuché conversaciones tontas y banales sobre OT y otros realities, pero a mí esas cosas nunca me han llamado la atención, así que, aunque hubiera querido integrarme no habría podido..., pero el caso es que no quería.

Las clases del primer día fueron como presentaciones fáciles donde un montón de profesores sin ganas nos explicaban lo vibrante que iba a ser el curso, plagado de temarios que yo ya me sabía de pe a pa. Mi vida social no se iba a ver deteriorada por esta bajada de escalón, pero en lo que a aprender se refiere sí que veía un panorama árido por delante. No quiero estudiar, bueno, no es que no quiera, es que el sistema educativo, este sistema, no es para mí. Sí, yo decidí cambiarme de instituto por muchos motivos, pero ahora que estoy lejos de Las Encinas me doy cuenta de que este tampoco es mi camino.

¿Qué quería decir Paula con eso? Algo muy sencillo. Todavía no tenía la mayoría de edad, pero se sentía muy adulta y le parecía que su vida no le llenaba lo más mínimo. Se pasó el curso anterior con líos de amor, amando y desamando, sin centrarse en ella misma, en sus objetivos... Claro que le había parecido bien no tener el bebé, era imposible que pudiera tenerlo, pero no podía ocultar que su vida estaba estancada ni fingir que no había pasado nada. Lo tenía claro, más claro que nunca. Sentó a sus padres en el balancín del porche, sin quitarse la mochila, todo lo más rápido posible.

Si no hubiera sido rápida, tal vez no lo hubiera dicho nunca, tal vez hubiera dejado pasar el tren y me hubiera tragado mis palabras y no hubiera explicado mi sensación: «Mamá, papá..., no quiero... no quiero estudiar más. Sé que os va a sonar a chino y sé que llevo unos meses siendo algo muy alejado de lo que una hija modélica debe ser, pero me siento segura, tranquila y capaz de tomar mis propias decisiones».

Los padres se miraron entre ellos pensando que estaría una bomba tipo:

- A) Quiero hacerme monja, he recibido la llamada del Señor.
- B) Me quiero ir a Formentera a vender chancclas.
- C) Me voy a casar con un señor de cincuenta años.

Lo cierto es que la opción «b» no iba tan desencaminada.

Creo que me habéis educado muy bien, para que crea en mí, para que sea una adulta responsable, y sé que puede parecer que no lo soy o que no lo he sido, pero quiero dejar los estudios..., no quiero estudiar más. No siento que vaya a aprender nada y lo que puedo aprender no me interesa. Siento... y, no me interrumpáis, por favor, que me habéis protegido tanto que no estoy capacitada para nada en la vida y necesito aprender, equivocarme, crecer... Y noto que estoy estancada. No es por el colegio, de verdad que no es por eso, es por mí. Quiero tener in-

quietudes, tener metas y sueños, y no los tengo... Si tuviera que elegir una carrera ahora, sinceramente no sabría qué hacer ni qué elegir y no quiero que se me presione por eso. A ver, no quiere decir que el año que viene no me apetezca volver a estudiar, pero este año quiero aprender otras cosas en la vida, otras cosas por mí misma..., saber quién coño soy. Perdón por la palabrota...

Los padres respiraron profundamente y no hizo falta que se miraran para saber lo que tenían que contestar. No eran unos padres castrante, no, eran unos padres bastante progres y bastante majos y tenían claro que estrangular la libertad de su hija solo iba a traer más problemas. El padre se echó hacia delante, se frotó las manos y le habló en tono claro y firme, como habla un adulto con otro adulto, de igual a igual.

—Paula, si tú lo tienes claro, nosotros te vamos a apoyar. No queremos que hagas nada que no te haga feliz y, si crees que este no es tu momento para seguir estudiando, pues veremos qué cosas te depara la vida.

La madre asintió a cada palabra e intervino:

—Te queremos, cariño. No quiero, bueno, no queremos que pienses que lo del abort... —se censuró— fácil no ha sido, pero lo importante es que estés bien y que nos cuentes las cosas. Estamos aquí para acompañarte, para ayudarte... Y si no tienes claro qué hacer ahora, pues no hagas nada. Pero, ojo, tampoco hace falta que te pongas ahora a trabajar en lo primero que aparezca, no necesitamos el dinero, cariño, y si lo que quieres es aprender o exponerte al trabajo...

—Es que me da igual, mamá —le cortó la chica—.

No me importa ni una cosa ni la otra, estoy superagradecida de toda la educación que he recibido, de todos los caprichos que me habéis dado, pero quiero verme sin eso, ver quién soy sin vuestra protección. Sé que estáis aquí, como si fuerais una colchoneta de seguridad y yo la trapecista..., pero es que yo soy la trapecista y lo quiero intentar, ¿vale?

—Vale —contestaron los padres.

Y en ese momento de conexión padres-hija, Paula dejó oficialmente de ser una estudiante de dieciséis años para convertirse en una... en una parada de dieciséis años, eso sí, una que iba a buscar con ganas qué hacer con su vida.

*

Tras las clases, Gorka fue a casa de Andrea a comer, era algo que se había convertido en habitual. Sus padres no estaban en casa y la cocinera no pensaba mucho en el hambre en el mundo: cocinaba para un auténtico regimiento. La casa de Andrea era espectacular. Era una casa amplia, diáfana, con mucha cristalera y con dos piscinas, pero tenía una decoración hogareña. Una mezcla de conceptos nada propia de un interiorista. El sofá era viejo, pero era comodísimo y habían pasado tantas cosas en él que los padres no querían tirarlo. Tras la comida era típico que Andrea arrastrara a su novio hasta él, que lo empujara y que se acurrucara en su cuerpo antes de pasar a darse el lote como si les fuera la vida en ello. Con la casa prácticamente vacía no se cortaban un pelo a la

hora de dar rienda suelta a sus lenguas. Se besaban durante horas, respiraban y tal, pero tan solo para coger un poco de aire y volver a la carga. Sus lenguas se acoplaban exageradamente bien. No es lo normal cuando eres tan joven, bueno, ni cuando eres mayor. La boca de Andrea siempre estaba húmeda y desprendía frescor, pero no como el de la menta, si no como el de una fresa recién cogida de un huerto, y movía la lengua como si examinara todas las posibilidades que le daba el músculo. Ahora la giro, ahora la meto más dentro, ahora solo te rozo los labios con ella..., y Gorka se adaptaba a ello. Él también besaba bien —Paula puede corroborar este dato—, y lo que le hacía un gran besador era la capacidad de adaptarse a las propuestas de movimiento de ella y eso siempre funcionaba. Picos, piquitos, besos de tornillos o morreos sin piedad, podían estar horas uno dentro del otro y él estaba feliz, luego se iba con sus genitales llenos de amor, eso es así, pero lo solventaba él solito en casa. Pero ese día algo pasó y todo fue diferente...

Paula le cogió la mano y la llevó a su entrepierna, casi como un acto reflejo, como fluyendo en el «abc» de las relaciones adolescentes. Él notó el calor en los genitales de la chica y se apartó de sopetón; no fue brusco en absoluto, pero romper un momento así de sensual, un momento con iniciativa de ella, era como entrar en una iglesia dando gritos y con reguetón a todo trapo. Muy incómodo. Ella le miró, él la miró y tras la pausa de tres segundos que para ellos fue exageradamente larga se levantó, se metió la mano por dentro del pantalón, se recolocó su oprimida erección y dijo:

—Me voy.

—¿Qué? —contestó ella presa del desconcierto.

—Eh... me tengo que ir.

—¿Sí?

—Sí...

—Ah.

Gorka titubeó como si fuera a decir algo más, miró a su alrededor, besó en la mejilla a su novia y salió de allí como si hubiera recordado que se había dejado el gas encendido y que su casa podía volar por los aires.

¿QUÉ HA PASADO? A ver..., yo mucha experiencia con los chicos no tengo, pero no veo mucha diferencia entre darse el filete, magrarse y rozarse todo, y cuando digo TODO es TODO, y lo que yo estaba proponiendo..., a ver, no le estaba invitando a que hiciera algo raro, solo quería que pasáramos de nivel. Ay, dios, igual le he parecido una fresca y se ha asustado. Es cierto que Gorka nunca toma muchas iniciativas conmigo, pero siempre he pensado que lo hacía básicamente por respeto. Entiendo que, a priori, por mi imagen, no parezco muy sexual..., pero eso no quiere decir que no tenga ganas de acostarme con él. TENGO MUCHAS GANAS DE ACOSTARME CON ÉL, pero muchas. Me gusta. Es mi novio. Y una monja no soy y por lo poco que sé de sus historias anteriores él tampoco es un tipo célibe... ¿ENTONCES POR QUÉ HA SALIDO POR PATAS? Yo, que soy paranoica, he pensado que la culpa era mía, que puede que no oliera bien o que el rimmel se me hubiera corrido creando un efecto panda en mi cara, pero no..., a veces, con todo lo que tiene que ver con mi... con mis partes, me emparanoio un poco. A ver cómo te cuento esto sin parecer una loca. El cuerpo de las

chicas, el cuerpo desnudo de las chicas... tiene un olor característico, bueno, eso lo sabe todo el mundo, no es que yo esté descifrando la piedra Rosetta. Es normal que si te duchas por la mañana y luego vas a clase y tienes Educación Física y no te vuelves a duchar pues que tu... que tu ser tenga un olor característico. Sí, me estaba emparanoando totalmente pensando que el olor de mis partes podía haberle espantado, pero eso es algo del todo absurdo, porque luego he ido al baño a pegarme una ducha y estaba todo... correcto. Entonces, ¿qué ha sido? Le gusto, pero... ¿no le gusto? ¿No le gusto? Sí, le gusto..., me mira con amor, me toca con amor..., entonces, ¿por qué no me ha tocado donde yo quería? Claro, estoy desconcertada y le dejo un mensaje. Con mucho corte y sin ser muy explícita, porque tampoco quiero generar un conflicto y que él se sienta raro.

Hola, bonito, ¿todo bien?



Escribiendo...

Escribiendo...

Sí, ya camino del gimnasio.

Vale, él evita el tema, actúa normal..., pues yo actúo normal. Sí, sería más madura y más guay si me atreviera a decirle «¿por qué no has querido tocarme ahí?» o ¿por qué has salido huyendo de mi casa como si te hubiera picado un bicho? Pero como temo el conflicto y estamos muy bien me callo, no digo nada y convierto todo mi desconcierto en un whatsapp que dice:

¡Genial, amor! Dale duro.

Y le pongo el emoticono del brazo con bíceps y una carita con un guiño y otra con una sonrisa que no me representa en absoluto, porque estoy muy lejos de sonreír, muy lejos. También es cierto que hablar este tipo de cosas por mensaje es como que está mal, mejor cara a cara. Mañana en el cambio de clase le pillaré por banda y sin darle mucha importancia le diré que quiero pasar de nivel. Sí, eso es más maduro. No le voy a decir ¡NO ME TOCASTE!, sino que quitaré hierro al asunto y solo me pondré susurrante y mona y le diré: «Quiero que lo hagamos, Gorka».

*

La cafetería de Melena era un sitio que podía describirse con una repugnante palabra: «cuqui». No lo digo yo, sino las críticas de Tripadvisor:

«Es un sitio muy cuqui para tomarte un café leyendo o echar la tarde con amigos. La tarta de zanahoria está un poco seca, pero las camareras son atentas y muy majas».

«Acogedor y familiar. Por la tarde está petado, pero si vas a última hora está guay».

«Tienen una selección flipante de café y aunque a veces son un poco lentas, porque solo hay dos camareras, el sitio está guay».

«La tarta de zanahoria es como la suela de un zapato».

«Tienen wifi y buen café».

¿Qué sacamos en claro de estas reseñas? La verdad. La cafetería era mona, iba bien y en muchos momentos tanto Melena como su madre, Amanda, iban desbordadas, y era un lugar con un ambiente agradable y con una tarta de zanahoria que por supuesto quitaron rápidamente de la carta.

*

Ese lunes, el primero del curso, Melena se había ido un rato antes de cerrar porque quería preparar una receta que había visto en internet para la cena y Amanda estaba sola. EL último cliente se iba y la dueña del local colocaba las sillas, cada una tapizada de un modo diferente, sobre las mesas antes de ponerse a barrer. El lugar seguía oliendo a café recién hecho, aunque la cafetera ya reposaba apagada desde hacía un rato. Azucena, la directora del colegio, vio la estampa desde fuera, casi como si fuera el fantasma de las navidades pasadas observando una escena. Era curioso ver a aquella señora elegante, esbelta y tan atractiva vestida con un mandil y escurriendo una fregona, pero había algo en su expresión muy diferente a como la recordaba en las revistas, había calma..., y aunque suene un poco cursi, había paz. Amanda paró un segundo para rehacerse la coleta que sujetaba su melena con reflejos dorados y la campanita de la puerta sonó.

—Está cerrado —dijo amable.

—Lo sé —contestó Azucena—. Venía a verte a ti.

—Dime que no es para hacerme fotos y todo eso, por favor...

—No, no, no...

—Es que la gente me tiene frita, parece que no entienden que ahora trabajo aquí —explicó volviendo al trabajo.

—Supongo que les llama la atención. —Amanda la miró esperando que fuera ella la que continuara la conversación, y así fue:

—Veo que no te acuerdas de mí, no pasa nada, he cambiado un poco y el pelo...

—Ay, no caigo.

—Soy Azucena, la directora de Las Encinas.

Amanda se puso un poco nerviosa y dejó la fregona apoyada en la barra.

—Mi hija ya no estudia allí, creo que los pagos del curso pasado estaban correctos, ¿no?

—Sí, sí, no se preocupe. Vengo porque... me gustaría que su hija volviera a Las Encinas. Igual esto le parece la propuesta más loca del mundo y sé que está trabajando aquí, pero, echando un vistazo a su expediente, María Elena es una estudiante muy válida.

Amanda no quería ponerse a la defensiva, pero lo recibió como un pequeño ataque.

—¿Y le parece mal que mi hija trabaje aquí? No le parece que una cafetería sea el mejor lugar para una chica de diecisiete años... Ya, a mí tampoco, la verdad.

—No es eso, mujer. ¿Puedo serle franca?

—Por favor...

Amanda hizo un gesto con la mano para invitar a la directora a que se sentara en el pequeño sofá de terciopelo turquesa, ese era, sin duda, el rincón más solicitado del café.

—Creo que no he sido una buena directora. No me malinterprete. Amo mi trabajo, de verdad, y le aseguro que es muy difícil lidiar con esos chicos.

—Con los padres...—continuó la frase.

—Con los padres también, Amanda, sí. Tenemos un sistema escolar impecable, pero tras la muerte de Marina me gustaría que el trato fuera más... personal, ¿entiende? Dejar un poco de lado las reglas.

—Sois muy estrictos.

—Sí, lo somos. Pero quiero que..., me gustaría que María Elena volviera a estudiar. Puede que no entre en sus planes. Entiendo que las cuotas son altas y ahí sí que no puedo hacer ningún tipo de apañó, pero creo que es una pena que no se gradúe.

Amanda colocó sus brazos en jarra, resopló y dijo poca cosa, tal vez un «gracias» o un «lo pensaré». Intercambiaron un par de frases más y la directora salió de allí. Una persona mal pensada podría dar por hecho que la visita era algo protocolario y que el único motor de Azucena era que Las Encinas no perdiera ingresos con la pérdida de otra alumna, pero lo cierto es que eso estaba muy lejos de la intención de la directora. Ella quería que su trabajo no fuera tan solo estar al frente de un barco, sino que también consistiera en encargarse de que todos los tripulantes estuvieran bien, y le parecía

que esa chica estaba perdiendo una oportunidad maravillosa de tener una formación.

*

Amanda estuvo todo el camino de vuelta a casa, los siete minutos —la cafetería estaba muy cerca de su nuevo hogar—, dándole vueltas, fustigándose un poco y sintiéndose de nuevo mala madre por no haber impedido que su hija dejara los estudios. Pero es que Melena fue la gran impulsora de su proyecto de vida, el pilar fundamental. Si hubiera seguido estudiando o con ganas de hacerlo no habrían abierto la cafetería... Había ido todo rapidísimo, la verdad. Ella volvió a casa, montaron la cafetería, los señores de la franquicia se encargaron de todo y antes de que acabara el verano ya estaba funcionando. Era cierto que no había ningún negocio parecido en el barrio y la necesidad de los vecinos convirtió el pequeño café en un sitio bastante valorado. Era perfecto para ir a escribir o para una primera cita. Y ahora que empezaba el frío la gente hacía cola para encontrar una de esas mesitas pequeñas de madera o para sentarse en una de las butacas con orejeras.

Abrió la puerta y encontró a Melena poniendo la mesa. Olía realmente bien.

—Se me ha quemado la musaka.

—Seguro que está genial, cielo, huele muy bien. Voy a quitarme los zapatos.

Melena preguntó qué tal había ido la caja y eso derivó en una conversación sobre banalidades y luego se

sentaron a la mesa y luego cenaron y luego pasaron al sofá y luego se quedaron fritas viendo un poco de *MasterChef*... No, Amanda no se olvidó del tema, pero no le pareció oportuno sacarlo, así que subió la escalera hacia su cuarto y Melena se acostó también. La casa se quedó en silencio, pero la madre no pudo conciliar el sueño y se levantó en pijama a dar un paseo por su nuevo hogar. Era una casa muy chula, la verdad. No era una mansión como la anterior, ni había acabados en mármol o revestimientos dorados, pero era una casa estupenda. Amplia, con cuatro habitaciones —una de ellas todavía vacía— y una cocina con una isla y taburetes altos en los que siempre tenían grandes conversaciones madre e hija. Se sentó en uno de los taburetes, solo iluminada por el reloj digital del microondas, y suspiró. No sabía cómo enfrentarse a eso. No quería que nada pudiera distanciarla de su hija, pero a su vez sabía que ese pensamiento era de lo más egoísta; pensó en todas las opciones posibles.

Opción 1: traspasar el negocio, buscarse un trabajo diferente y sacar a su hija adelante como todas las madres.

Opción 2: hacer que María Elena volviera a estudiar y buscar una camarera para que le ayudara en el bar.

Opción 3: no decirle nada de la propuesta de Azucena y ser, nuevamente, la peor madre del mundo.

Fuera la opción que fuera, lo único que Amanda tenía claro es que iba a proteger a su hija, que la iba a cuidar y que iba a intentar que estuviera en el entorno

más seguro que pudiera ofrecerle dentro de sus posibilidades. No tomó ninguna decisión. Abrió la nevera, dio un trago de agua directamente de la jarra y se volvió a acostar. A veces, las decisiones importantes es mejor dejarlas reposar para que ellas solas encuentren el camino hacia la boca.

*

A la mañana siguiente, todos se levantaron con buen pie excepto Janine, que tenía una nube negra encima, la pobre. Desde el día anterior se había recluso bajo su nórdico, pero sabía que no podía quedarse ahí mucho tiempo, así que intentó dar un carpetazo momentáneo a sus sentimientos y salir a la vida. Gran error, porque la vida le tenía preparada otra bofetada, una bastante desagradable con nombre y apellidos.

Parecía que el destino se había emperrado en que Janine, la pobre hija del carnicero al que le tocó la lotería, no entrara en Las Encinas ese curso. En la puerta la estaba esperando Wendy y sus dos clones esbirros y la arrinconaron contra la pared.

Joder, todo pasó superrápido. La noticia de que Mario había muerto se había extendido como la pólvora, pero la gente había preferido pasar de ello, obviarlo para evitar que todas las conversaciones tras la muerte de Marina se centraran en un puñado de trágicas muertes. Se había suicidado y eso le quitaba glamur al crimen, así que los pijos decidieron mirar para otro lado. No, no conozco a nadie que hubiera ido a su entierro o a

la misa... Parecía que a todo el mundo le daba igual. A todo el mundo menos a la decolorada de su ex, Wendy, esa tía preciosa. La magnitud de su belleza era inversamente proporcional a la de su intelecto, pero todo lo que no tenía de lista lo tenía de chungo. QUÉ CHUNGA ES ESA TÍA. No recuerdo lo que me dijo, no recuerdo nada. No me tocó, menos mal, porque yo estoy muy puesta ya en todo lo que a denuncias de maltrato se refiere, pero sus palabras fueron peores que un puñado de puñetazos en la barriga. Me culpaba de su muerte, me culpaba de un modo muy directo. Cito textualmente: «Se ha muerto por tu puta culpa, gorda de mierda», «Cómo tienes el santo coño de venir aquí, pedazo de hija de puta». Me llamó orco varias veces, troll un par más, y me dijo que me iba a hacer la vida imposible hasta que yo también me quitara de en medio, sí, otra vez esa expresión... Claro, yo que soy una tía insegura..., a ver, cada día creo más en mí y hay momentos en los que me siento la puta Wonder Woman, pero hay otros en los que soy frágil, pequeña, y ese día era uno de ellos. Me sentía la hobbit de Las Encinas, diminuta, y si le sumas que estaba afectada, increíblemente afectada por la muerte de Mario, pues todo eso hacía que mi autoestima midiera un par de milímetros, no más, y esa tía, que no dejaba de señalarme con sus uñas de gel, me comió viva. Y me seguía gritando mientras con la violencia de su cuerpo —y la de su manicura— me iba alejando de la puerta de entrada.

Era curioso que una chica como Wendy, que estaba defendiendo a su fallecido ex, se hubiera pasado dos horas el día anterior en Uñas Fashion poniéndose semejante aberración en las manos, pero en el mundo de Wendy

las prioridades eran incomparables a las del resto de los mortales. Las ganas de ningunear y menospreciar a Janine no derivaban del amor roto por Mario o de un sentimiento de duelo normal, no, estaban solo motivadas por su orgullo, un orgullo rabioso que le encendía las entrañas como si tuviera un puñado de pájaros carpinteros furiosos dándolo todo en su estómago.

¡AAAAHHH! Es que me hierve la sangre, es que me HIERVEEEEE!!! Odio a esa puta gorda. Sí, lo de Mario me da pena y tal, joder, es una putada, ¿vale? Ha estado en mi vida un montón y, joder, ha sido... importante, pero es que lo que más me jode es que esta gorda esté tan tranquila y él esté bajo tierra, ¿sabes? Puto orco de las narices. ¿Por qué coño no coge y se quita de en medio? ¿Por qué no se va con el puto carnicero de su padre y se pierde? Es que ella no pertenece a aquí. El otro día, mi hermano Borja estaba viendo Harry Potter, que, a ver, eso a mí me parecen gilipolleces de críos, pero salía uno rubio, rollo yo, ¿vale? Con la hostia de gomina para atrás y no le molaba un pelo que la puta sangre sucia estudiara en la puta academia de magia..., pues lo entiendo. ¿QUÉ COÑO HACE ESTA BALLENA ASQUEROSA EN LAS ENCINAS? ¿Estamos locos o qué coño pasa? Además, desde que saltó a la palestra la troll esta, no ha hecho más que joder y dar por culo en vez de agradecer que no le escupamos cuando pasa por nuestro lado, ganas ya te digo yo que a mí no me faltan. ES QUE ME JODE. Siempre se dice que en este instituto está la élite..., y esa, ¿qué elite es? ¿La de abrir contramuslos de pollo? No, en serio, ¿a que tengo razón? ¿Qué puta élite es esa tía?

Las clones, de las que ni sabemos sus nombres ni falta que nos hace, asintieron y le dieron la razón y siguieron avivando la llama del odio de Wendy y entraron en un bucle de palabrotas e improperios más propio de una panda de delincuentes encarcelados por delitos graves que de unas adolescentes pertenecientes a la élite a la que a ella le gustaba hacer alusión constantemente. Lo que Wendy no sabía es que esa semilla del odio estaba hirviendo en su sangre —«Me hierva la sangre, me hierva la sangre»— y se estaba cocinando algo más grande que el odio en su pequeño cuerpo de pibón de metro sesenta.

*

... Y Janine, nuevamente, cogió un *cabify* y volvió a casa. Esta segunda vez su madre no se lo iba a poner tan fácil, pero ella tenía un as en la manga: hacer chantaje emocional sobre lo de Mario y salir airosa, víctima de la situación.

—No puedo entrar en ese instituto, mamá, tú no lo entiendes. Todo me recuerda a él. Es un golpe tras otro, tras otro, tras otro, y no puedo más, me duele.

¿Quién iba a negarle nada a una chica con los ojos vidriosos a la que la vida, según ella, la estaba tratando tan mal? Su madre no, desde luego. Así que le dio carta blanca para que subiera a acostarse, a encerrarse en sí misma otra vez. Obviamente, Azucena llamó a su casa para ver qué pasaba —no quería perder más alumnos— y la mamá de Janine recitó una por una las dramáticas

palabras de su hija adolescente. Luego resopló y fue con la cocinera al mercado a comprar un buen solomillo; sabía que la carne roja animaría a su pequeña. Sí, a la madre le encantaba ser rica, pero no podía rechazar las pequeñas cosas que la hacían feliz y nadie como ella sabía distinguir la calidad de la carne, habían sido muchos años detrás del mostrador. Aun así, no disfrutó del todo de la compra porque estaba ensimismada y preocupada por el bienestar de su hija. ¡Pam! Un cuchillazo golpeó la madera al cortar unas costillas y eso la llevó de nuevo al mercado. ¡Pam!

*

En ese mismo instante, Melena preparaba con brío un capuchino con leche de soja.

Gorka miraba por la ventana de clase pensando que había evitado a su novia a la llegada al instituto.

Andrea miraba a su novio mirar por la ventana y pensaba que algo le pasaba realmente.

Janine empezaba a pasar calor bajo el nórdico, ya que se había metido en la cama con el uniforme y todo.

Y la madre de Mario pulsaba el botón de la incineradora que reducía el cuerpo fibrado, definido y perfecto de su hijo muerto de dieciocho años a cenizas.